

pitales brillan allá arriba como astros. Las ternuras que calman, acarician y bendicen están esparcidas bajo los pies de los hombres como flores. ¿No es esta poesía realmente majestuosa?

Entre los demás poetas *lakistas*, no hay ninguno comparable á Wordsworth. Coleridge, amigo, auxiliar y colaborador de este, se jactaba de ser el único inglés que había comprendido á Kant y Fichte: es el primer escritor de su patria en quien se advierte la influencia alemana. Teniendo llena la mente de ideas de regeneración universal, intentó llevarlas á la práctica, fundando una república socialista en América. En mil setecientos noventa y siete, una prescripción médica, motivada por ligera indisposición, reveló á Coleridge los placeres del opio. Desde este instante, el poeta dejó de pertenecerse á sí mismo, y el dinero no fué apreciable á sus ojos sino como medio de adquirir el funesto narcótico. Resintióse su razón, perdió el cariño á su familia, se retrajo de sus amigos, y pasó los restantes años de su vida en estado de casi constante embriaguez, entre alternativas de lucidez y de éxtasis. Cuéntase que, en la conversación, encantaba á sus oyentes con la abundancia y brillantez de su palabra. Despertó en su juventud grandísimas esperanzas, que mantuvieron su reputación hasta el momento de su muerte. Después, le alabaron por lo que hubiese podido hacer más que por lo que había hecho. Sus poemas, muchos de ellos incompletos, son notables por el poder de la fantasía, el vigor de la expresión y la armonía de los versos. Créese á veces estar leyendo á Shakespeare ó á Milton. Su balada del *Viejo Marinero* recuerda las composiciones alemanas del mismo género de Bürger. Su *Himno al Montblanc* y el poema intitulado *El Amor*, se citan entre las joyas de la poesía británica moderna.

Roberto Southey es otro poeta perteneciente á la escuela de los *lakistas*: ofrece, sin embargo, la particularidad de haber introducido en la literatura inglesa y en el gusto del público la curiosidad histórica y, en cierto modo, geográfica. Wordsworth y Coleridge habían afirmado que todo es poético, hasta en la vida más humilde; Southey dice que todo puede ser poético en la Historia, que no es sino la vida de las naciones. Lector infatigable, estudió las literaturas extranjeras, y sus *Cartas sobre España*, su *Crónica del Cid*, sus arreglos ó traducciones del *Amadis de Gaula* y del *Tirante el Blanco*, nos le presentan como el primer hispanista inglés de su tiempo. Su propósito fué reflejar en sus poemas, como en vasto espejo, las diferentes épocas y países, como, por ejemplo, la Francia de la Edad Media en *Juana de Arco*, la Arabia en *Thalaba*, el país de Gales y Méjico en *Maddoc*, la India en el *Anatema de Kehama*, la España goda en *Don Rodrigo*. En las composiciones de Southey, semi épicas, semi-líricas, se encuentran cuadros soberbios, trozos y pinceladas arrogantes, producto de la rica fantasía del poeta ayudada de su pasmosa erudición. Sin embargo, hay siempre en todo ello algo de ficticio, y por consiguiente, de artificial y de falso. El autor describe con cuidado escrupuloso y minuciosa fidelidad pai-

sajes y costumbres, prodiga las notas, las citas, las explicaciones; pero, en el fondo, parece aquello mera fantasmagoría, simple decoración de ópera: se admira el talento, no se descubre el genio; se aplaude el trabajo de la memoria, el esfuerzo de la inteligencia, no se siente el latido del corazón. Algunos prefieren la prosa de Southey á sus versos. Su *Vida de Nelson* se celebra como su obra clásica, y se alaban con justicia sus prefacios, sus *ensayos*, sus artículos de crítica y de polémica.

Entre otros *lakistas* de menos nombradía que los mencionados, como Wilson ó Campbell, descuella el humorista Carlos Lamb, si cuadra aquel calificativo á un escritor que confesaba con ingenuidad que el campo le aborrecía soberanamente. Lamb divide su cariño entre su hermana María Ana y el poeta Coleridge, y su admiración entre Londres y Shakespeare. María Ana, dice Filon, debe ser colocada en lugar preferente, en el grupo amable y conmovedor de madres, de hermanas, de esposas, que han inspirado, compartido ó protegido el trabajo del escritor ó del artista. En los *Ensayos de Elia*, Lamb ha retratado á María Ana en el personaje de la prima Briget. En esta pintura, debida á mano tan cariñosa, lo que más se hace resaltar son los defectos. La razón es sencilla: Lamb, humorista sentimental, como Sterne, se complace en burlarse de sí mismo, y María Ana forma parte de su sér. La pasión de Lamb por su ciudad querida y su poeta favorito, no siendo menos profunda, es aún más entusiasta. Para él todo es interesante, todo está lleno de atractivo en Londres. «He nacido, dice, en medio de la muchedumbre y amo la multitud.» Cuando describe sus propias sensaciones es inimitable, y en sus retratos compite con Teofrasto y La Bruyere. Panegirista constante de Shakespeare, llámasele, además, restaurador del antiguo drama, por haber sacado de la oscuridad en que yacían los nombres de Marlowe y de Ben Jonhson, de Baumont y de Fletcher, de Webster, de Massinger y de otros precursores, contemporáneos ó sucesores del gran trágico inglés.

Tomás Moore, nacido en Irlanda, y Walter Scott, hijo de Escocia, aportan nuevos elementos á la literatura británica. Moore comenzó su carrera traduciendo á Anacreonte, con más brillantez que fidelidad. Después fué poeta oriental en *Lalla Rookh*, y místico-sensual en *Los Amores de los ángeles*. Era un poeta elegante y de sociedad, que escribió en momentos de feliz inspiración las *Melodías irlandesas*, su mejor título á la fama y tributo de cariño que rinde á su infortunada patria. Las *Melodías* son composiciones sumamente cortas, que tienen por asunto un recuerdo histórico, una impresión, una imagen fugitiva cualquiera. La música contribuyó á popularizarlas, y hoy viven en la memoria de todos los buenos irlandeses. Las gentes más humildes conocen esos cantos y los repiten. «Algún día, había dicho Moore, aquel que te oprime, escuchará tus canciones y llorará». La predicción del poeta se ha cumplido.

El genio de Escocia revive entero en Walter Scott, que es historiador como Hume y

Robertson, poeta como Gray y Burns, psicólogo más sagaz que Reid y novelista de más inventiva que Mackenzie. ¡Figura amable y simpática! ¡Mago sin rival, que durante treinta años, en medio de las convulsiones políticas y de las colisiones de los pueblos, embelleció con sus seductoras narraciones al mundo civilizado! Como poeta, ninguno en su tiempo le superó, á no ser Byron, y en el género que cultivó preferentemente, el *romanticismo histórico*, de que faltaban precedentes en Inglaterra y eran escasos los que había en Alemania, nadie le ha igualado. Con sus leyendas y tradiciones, *El canto del último menestral*, *Marmión*, *La Dama del lago*, *Rohely*, *El Lord de las islas*, adquirió la reputación de primer poeta de Inglaterra. Relególe á segundo término la aparición de Byron, y entonces se dedicó á escribir en prosa, cautivando las imaginaciones con el interés dramático de sus fábulas, la novedad y exactitud de sus pinturas históricas, su gallarda inventiva y la amenidad de su estilo. *Vaverley*, *Guy-Mannering*, *Rob-Roy*, *El Anticuario*, *Ivanhoe*, *Quentin Durward* y tantos otros libros como brotaron de la fecunda pluma del noble escocés, traducidos á todos los idiomas, fueron el deleite de numerosas generaciones y se hallan lejos de haber perdido su atractivo. Al acabar de leer una de sus novelas, escribía su editor á Walter Scott: «Juraría que nunca he experimentado placer tan completo..... Cuando pedí á lord Holland su opinión, me contestó: «¡Mi opinión! Nadie se ha acostado esta noche; sólo mi gota se ha dormido.» El carácter histórico de las novelas de Walter Scott no estriba en traer á la escena personajes reales, como Ricardo Corazón de León, Luis XI ó María Estuardo, ni en entrelazar las peripecias de la acción con acontecimientos verdaderos, sino en aplicar los procedimientos de la historia al relato de una ficción. El autor indica sus fuentes, las clasifica, las discute; critica los hechos y los hombres; trata siempre de probar, de comprobar, de corroborar lo que dice. Cuando los personajes ó los sucesos son de pura invención, á falta de documentos, los finge. Otros novelistas le han imitado en esto; pero lo que en ellos no pasa de ser inocente ardid para despertar la curiosidad del lector ó alardear de ingenio, en Walter Scott es consecuencia de su vocación histórica. Taine, que juzga poco favorablemente al autor de que hablamos, supone que todas sus pinturas históricas son falsas, limitándose la exactitud á los paisajes, á la decoración, á las armas y á los vestidos, puesto que las acciones, los discursos y los sentimientos están arreglados, civilizados y embellecidos á la moderna. Este juicio del insigne crítico peca de apasionado, y nuestro Menéndez Pelayo lo rebate victoriosamente. El ilustre historiador de las ideas estéticas dice á este propósito: «Mucho más fácil es encontrar en las novelas y poemas históricos de Walter Scott anacronismos y errores de pormenor, defectos de arqueología é indumentaria, que infidelidad á lo más profundo y substancial de la historia; y no deja de ser notable ingratitud en Taine, que precisamente ha basado toda su historia del genio inglés sobre la oposición primitiva entre sajones y normandos, tratar tan desdeñosamente de la intuición histórica del egregio poeta que, por primera vez,

descubrió esa gran ley histórica y presentó en acción esa lucha. Bastaría la gran concepción de *Ivanhoe* para probar que Walter Scott no se detuvo en el umbral del alma, ni en el vestibulo de la historia, sino que penetró muy adelante en la estructura de las almas bárbaras..... La exactitud histórica completa es un sueño, y si por medio de procedimientos científicos no podemos llegar más que á una aproximación, ¿quién va á exigir más rigor en el arte, imponiéndole la dura obligación de reproducir nimiamente lo prosaico y lo vulgar, que siempre ha sido en el mundo más que lo exquisito y lo poético? Walter Scott nunca tuvo la pretensión de que sus novelas sustituyesen á la historia, y, sin embargo, toda la *Historia de los duques de Borgoña* está en germen en *Quentin Durward*, y toda la *Historia de la conquista de Inglaterra* está en germen en *Ivanhoe*. ¿Cómo menospreciar el árbol que produce tales frutos? De las novelas escocesas no hay que hablar: el mismo Taine hace de ellas cumplido elogio. «Walter Scott, escribe, ha dado derecho de ciudadanía en la literatura á Escocia entera, con sus paisajes, monumentos, casas, cabañas, personajes de toda edad y estado, desde el barón hasta el pescador, desde el abogado hasta el mendigo..... ¿Quién no los vé salir de todos los rincones de su memoria?..... Económicos, pacientes, cautelosos, astutos, obligados á serlo por la pobreza de la tierra y las dificultades de la vida; ese es el fondo de la raza..... En terreno así preparado y en ese triste clima, el presbiterianismo ha extendido sus raíces. Tal es el mundo moderno y real, iluminado por el sol poniente de la caballería que Walter Scott ha descubierto..... Una malicia continua alegra sus cuadros de interior y de género, tan locales y minuciosos como los de los flamencos.»

Después de haber ganado más de seis millones de francos, Walter Scott se arruinó por causa de los excesivos gastos que hizo en su castillo de Abbotsford, donde encontraban regia hospitalidad cuantos iban á visitarle, y de la quiebra de sus editores, en cuyas manos había colocado su capital para aumentar sus ingresos. No sólo quedó pobre, sino alcanzado en cerca de tres millones. En esta afflictiva situación, Walter Scott dió pruebas de un valor y una probidad superiores á todo encarecimiento; rehusó aceptar ninguna gracia, contentándose con pedir un plazo para ir pagando la enorme deuda. Púsose á trabajar en seguida sin levantar cabeza, y en menos de cuatro años abonó cerca de un millón setecientos cincuenta mil francos. Poco más sobrevivió al desastre. La tremenda tarea que se había impuesto, destruyendo su salud, le abrió las puertas del sepulcro. En todos sus escritos resplandecen, comunicándoles indefinible encanto, su honradez acrisolada, su espíritu amplio, generoso, humano, sus sentimientos caballerescos. En su lecho de muerte, momentos antes de expirar, decía á su yerno Lockart: «Amigo mío, sé virtuoso, sé religioso, sé hombre de bien. Ninguna otra cosa te consolará cuando te veas en este trance». Apenas pronunció ya otras palabras.

Empezaban á ser conocidos Wordsworth, Southey y Coleridge y aclamábase á Wal-

ter Scott como el más excelente de los poetas ingleses, cuando se presentó Byron, que, á modo de deslumbrador meteoro, los sumió á todos en la oscuridad durante algún tiempo. Es este uno de los más grandes poetas del siglo último. Naturaleza indómita y rebelde, su vida, su alma, su poesía, son una oposición constante y violenta. Tenía, como legado de familia, la predisposición á las emociones extremas. Un hermano de su abuelo había matado, en desafío, en una taberna, á la luz de una vela, á un pariente suyo. Su padre había vivido en el libertinaje, robado su mujer á lord Carmarthen, arruinado y maltratado á miss Gordon, su segunda mujer y madre del poeta, é ido á morir al Continente, llevándose el resto del patrimonio familiar. Su madre padecía accesos de furor, en que desgarraba sus sombreros y sus trajes; cuando murió su marido estuvo á punto de perder la razón, oyéndose sus gritos desde la calle. La infancia de Byron no pudo ser más triste; su madre le perseguía con sus voces y diatribas, le afeaba su cojera, tirábale á la cabeza las tenazas y la badila. El niño se callaba y saludaba, pero interiormente la rabia le consumía. En uno de estos momentos de ira reconcentrada y silenciosa le sorprendieron con un cuchillo en la mano, en actitud de dirigirlo contra su pecho. En el colegio, sus simpatías fueron pasiones; sus enemistades, odios terribles, llamando la atención de maestros y discípulos con su extraño humor, sus alternativas de indolencia y actividad, su afición al aislamiento, el frenesí con que se entregaba á los ejercicios corporales, que los ingleses aman tanto como los griegos, y en que, no obstante su deformidad, quería sobresalir. Su generosidad era excesiva, como todos sus sentimientos. «Nunca, dice una persona que le trató en su juventud, encontraba á un desgraciado sin socorrerlo». Más adelante, en Italia, de cien mil francos que gastaba, veinticinco mil se le iban en limosnas y donativos. A los ocho años se enamoró de una niña llamada María Duff, y á los doce apasionóse ciegamente de su prima Margarita Parker. Ni en sus ideas, ni en sus impresiones, ni en sus actos, ni en sus costumbres, hubo nunca orden ni medida. Ayunaba días enteros por temor á engordar, y después saciaba su apetito en festines pantagruélicos. Una noche se bebió seis copas de aguardiente, tres botellas de vino de Burdeos y media botella de Champagne, y otra en que la sed le abrasaba, consumió hasta quince botellas de agua de Seltz, rompiendo los cuellos de los cascotes para apurar antes su contenido. Orgullosa, fiero, hipocondriaco, excéptico, despreciaba á los hombres y las instituciones humanas. En él se confundían el hombre y el poeta. Las ideas se arremolinaban en su mente; los sentimientos se enrespaban en su alma con furores de tempestad; entonces escribía. «El huir de mí mismo; dice, es siempre mi verdadero, mi único, mi solo motivo para emborronar cuartillas..... El publicar es la continuación del mismo efecto por el movimiento que imprime al espíritu, el cual, sin esto, recaería sobre sí». Y otra vez: «Escribo por tener el corazón demasiado lleno, por pasión, por entusiasmo, por cualquiera otra causa, nunca por cálculo».

¡Cosa singular! Byron, que fué para los poetas y lectores del Continente el prototipo del romanticismo, aborrecía á los románticos y los fustigó sin piedad. No le gustaba Shakespeare y apenas transigía con Milton; su poeta favorito era Pope. «Le conceptúo, escribía, el nombre más grande de nuestra patria: *todos los demás son bárbaros*. Pope me parece un templo griego, con un templo gótico á un lado y al otro una mezquita turca, rodeada de todo género de pagodas y edificios fantásticos. Podéis llamar en buen hora á Shakespeare y á Milton pirámides; pero, por mi parte, prefiero el templo de Teseo ó el Parthenon á un montón de ladrillos cocidos..... El carácter distintivo de la nueva escuela poética es la vulgaridad..... Todos los estilos del día son bombásticos y altisonantes, y no exceptúo el mío propio.....» Con tanto respeto miraba las reglas clásicas que, en los dramas que compuso, aun no destinándolos al teatro, aplicó escrupulosamente el precepto de las tres unidades. La aparente contradicción que resulta de lo dicho se explica por el diferente carácter que ostentan, según queda indicado, el romanticismo inglés y el alemán, comparados con el francés, el español ó el italiano.

Apenas salido de la universidad, dió Byron á la prensa un volumen de versos intitulado *Horas de ocio*. La *Revista de Edimburgo*, fundada hacía poco tiempo, habló de las poesías del joven lord con el mayor desdén. El poeta, irritadísimo, se vengó publicando la virulenta sátira *Bardos ingleses y críticos escoceses*, en donde se revolvió con ciega cólera contra sus enemigos ó los que creía serlo, salpicando de cieno á toda una generación literaria por la ofensa recibida de uno solo de sus individuos. La *Revista de Edimburgo* ya no se vió. El escándalo tuvo algún eco por la clase á que Byron pertenecía, pero estaba olvidado cuando aparecieron los dos primeros cantos de la *Peregrinación de Childe Harold*. El héroe de este poema es un joven hastiado de la vida y de los placeres vulgares, que busca nuevas excitaciones en la contemplación de otros países, de otros usos, de otras costumbres, para lo que emprende un largo viaje. *Childe Harold*, donde abundan las descripciones brillantes y las misantrópicas reflexiones, despertó el asombro y la curiosidad del público, que identificó al poeta y al personaje. Inglaterra hallábase empeñada á la sazón en un duelo á muerte con el emperador de los franceses, á quien detestaba, sin dejar de admirarlo, figurándosele encarnación del genio del mal y del de la guerra juntamente. En esas horas solemnes, las naciones necesitan no sólo un general, sino también un poeta, é Inglaterra creyó haber encontrado su Tirteo en aquel cojo, que hacía resonar su lira cantando la gloria y el amor, los dos sentimientos que entusiasman á la juventud. Además, la nación británica adivinaba al gran poeta en el don demostrado por Byron de hacer revivir los recuerdos de la antigüedad clásica en sus impresiones personales. Grecia, después de los primeros cantos del *Childe Harold*, no era ya un libro polvoriento, un texto olvidado: se erguía, bella en su dolor, «inmortal aunque destruída, grande aunque caída». El noble viajero presentía su resurrección, y evocaba «el espíritu de la libertad». Todo esto